

# Abuelosis

La palabra es curiosa. Se trata de abuelos. Pero huele a enfermedad. Por lo de "osis". Al término no lo inventé yo. Surgió de la observación atenta de un médico. En este caso, mi esposo. "Tengo gran número de pacientes —me dijo un día— que son en su mayoría mujeres de cierta edad. Todavía jóvenes. Pero que empiezan a sentir ciertas molestias. Y que deben comenzar a cuidarse. Necesitan una vida tranquila. Padecen situaciones de verdadera angustia porque no dan abasto con sus obligaciones de abuelas".

El problema no dejó de interesarme. Había aparecido una dolencia que atacaba a los abuelos, preferentemente a las abuelas. ¿Y en qué consistía?

La vida actual tiene exigencias duras para cumplir. Los padres jóvenes con hijos de corta edad, no tienen, en gran número de casos, dónde dejar a buen resguardo a los niños.

La abuela es la solución más a mano. "Los chicos se los dejo a mamá"; "Mi nene está seguro con la abuela", son frases que se oyen a cada instante.

La imagen dulce de la mujer de cabellos blancos rodeada de chiquilines. Los cuidados de la abuela. Los postres de la abuela. Los dulces. Las sopas. Se creó una institución y una imagen con base de serenidad, de confianza, de bondad, de tolerancia, de dulzura. Ya no se duda: nunca se duda. La abuela es una institución de confianza. Es como dejar a los chicos en un banco.

El comentario de mi esposo decía: "Mujeres que deben llevar una vida tranquila. No tienen un momento de descanso; mujeres con la presión alta, discutiendo con chiquillos insoportables; mujeres con reumatismo avanzado detrás de muchachitos intrépidos. No teniendo descanso durante horas y horas; asumiendo grandes responsabilidades de carácter alimentario, educativo, social. Mujeres que a su malestar deben agregar la angustia de la imposibilidad física, el problema psíquico de la incompreensión, cuando no el de la postergación ante la conciencia de no poder ser como ellas sienten que debieran ser".

El comentario no es aplicable a todos los casos, pero vale la pena considerarlo.

Un impensado abuso pone en peligro la salud de la abuela. Al malestar físico se suma el malestar psíquico. La abuela no se queja. No aprendió a quejarse. Porque tradicionalmente las abuelas aguantan. Las "nanas" de los abuelos se parecen a las "nanas" de los nietos: necesitan mimos. Y las abuelas son tolerantes. Aguantan cualquier cosa. Y además está bien que se entretengan. Porque si no piensan en enfermedades. Cuando la abuela va al médico, es que se hizo tiempo

para ello. Siente algunos molestias. Además, tomarse la presión de vez en cuando no viene mal. Y tranquiliza a la familia.

Pero el médico investiga. Y la abuela cuenta al médico la vida agotadora que pasa. Que tiene 60 años. Que tiene la cabeza blanca. Pero las abuelas de hoy se pintan las canas. Y parecen más jóvenes. Se experimenta una serie de malestares. Que no tiene tiempo para estar enferma. Porque sus hijos la necesitan. Que tiene que atender la casa. Cocinar para toda la familia. Que no sigue ningún régimen porque no tiene tiempo de pensar en ella. Que cuida de dos niños de 4 y 6 años. Y a un bebé de 8 meses que exige sus mamaderas a horario. Y a quien hay que cambiar dos veces a la tarde. Y más... y más... y más... Y se descubre una situación que vale la pena describirla. Esa abuela que se multiplica para atender a todos tiene un ritmo de vida agotador. El trabajo es superior a sus fuerzas. La sobrecarga física y psíquica es superior a la que debía afrontar cuando tenía 20 años.

Y entonces se puede pensar que se está abusando de la abuela. Que ella es una mujer con derecho a vivir en plenitud personal una etapa de su vida. Que nunca esta plenitud se logra cuando se vive sólo para los demás. Salvo cuando se elige voluntariamente el sacrificio. Que su integridad física y psíquica merece respeto y cuidado. Y que su vida le pertenece en la medida de la individualidad que cada uno defiende. Y se puede pensar que ella es incapaz de reaccionar. Porque tradicionalmente se acepta que amar a los nietos es dar la vida por ellos. Y tradicionalmente ha resultado cómodo que una mujer que todavía no ha terminado su rol de mujer, de esposa amante, de capital humano lleno de inquietudes que la hacen "espiritualmente fértil", con aspiraciones, iniciativas y una espléndida cosmovisión sacrifique su personalidad en función de otros que deben hallar la manera de desenvolverse con más independencia. Y entonces se puede pensar que ha aparecido una dolencia que puede llamarse abuelosis. Y que quien la padece es el que menos se advierte. Y nos preguntamos si es un problema nuevo. Y nos contestamos que no. Nueva es su agudización. Por eso nos preocupa.

Pasando revista a la memoria, no hay infancia que no esté endulzada por el recuerdo de "la casa de la abuela". El recuerdo no debe perder dulzura. Aunque la abuela tiña sus canas, tenga una vida útil y activa, pero personal, y la pareja de abuelos crece en la imagen: los abuelos son como novios. Y que Dios los bendiga.

Alba de Vanni